

## Prólogo

Erica Muñoz Reyes\*



DOI: <http://DOI.ORG/10.52501/cc.477.00.01>

Conexión, aprendizajes, saberes, colectividad, resistencia; esto y más es lo que se puede encontrar en la lectura de este libro. Una captura de la vivencia en cada uno de los espacios y territorios en donde se tienen huertos como laboratorios vivos. Las manos, corazones y fuerza que personas y colectivos llevan a cabo día a día, resultan inspiradores. Siempre es gratificante recordar el inicio de cada proyecto, cuando surge la primera idea, la inquietud de, un buen día, pasar a la acción, aunque sea y como casi siempre es, con los mínimos recursos, pero con toda la convicción de que esto va más allá del grupo de trabajo. Es algo que cuando se hace con el corazón, acaba contagiando a más de uno.

Si nos detenemos un poco a reflexionar sobre el auge que tuvieron los huertos educativos en México (aunque no universitarios), nos tendremos que remontar a la etapa post-revolucionaria, por lo que el tema tiene una antigua historia que siempre es interesante analizar y recobrar algunos de los objetivos que en ese entonces se habían planteado como un asunto de importancia nacional. Juan B. Alfonseca<sup>1</sup> y Luz Elena Galván<sup>2</sup> retoman un interesante análisis de estos sistemas instaurados entre 1920 y 1943, lo cuales se consideraron no solo como área productiva, sino también como un pilar de la política educativa en ese entonces. Para darnos una idea, para la mitad de la década de los años 30's, aproximadamente el 60 % de las escuelas federales, tenían una parcela escolar, aun cuando muchas de estas enfrentaron dificultades materiales y de distribución de tierra para operar (situaciones que no han cambiado en nuestros días).

---

\* Investigadora en el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias, INIFAP-Campo Experimental Valle de México, Texcoco de Mora, Estado de México, México.  
Correo electrónico: [muniz.eric@inifap.gob.mx](mailto:muniz.eric@inifap.gob.mx)

<sup>1</sup> Alfonseca Giner de los Ríos, J. B. (2015). La federalización de la enseñanza. Concurrencia escolar y alianzas sociales en contextos rurales del oriente del Valle de México, 1922-1947. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 36(143), 11-50.

<sup>2</sup> Galván, L. E. (2006). Voces ocultas de maestras rurales en Querétaro: 1920–1940. *Sinéctica*, (28).

La visión pedagógica de la época rompía con la enseñanza tradicional de los libros para enfocarse en la “escuela de acción”. Entre 1934 y 1940, las escuelas se proyectaron como “laboratorios de una nueva vida económica y social”, lo cual manifiesta que los objetivos de estos sistemas iban más allá de las aulas, se buscaba masificar estos proyectos hacia la población en general. Este modelo creaba jóvenes convencidos desde la infancia de lo que implicaba tener el control de la alimentación. Se trataba de un proyecto comunitario, se convertía en biocultura, misma que seguramente trascendió a las siguientes generaciones. De hecho, no debemos olvidar que el sistema buscaba que los alumnos se identificaran con el campesinado, en realidad se debía conocer profundamente el medio, sentirse ligado a la vivencia campesina para poder comprender la complejidad de su entorno. La interdisciplina universitaria de hoy es la evolución formal de la integralidad que docentes y campesinos de los años 30, practicaban de manera intuitiva al entender que la tierra y la alimentación no se pueden estudiar desde un solo punto de vista.

Retomar el modelo de huertos en México es apremiante, ya que, en algún punto, se dio paso a emular el desarrollo que venía del modelo europeo y estadounidense y el enfoque campesino ya no tenía cabida para “el avance económico y el desarrollo del país”. La invasión de un modelo alimentario a base de productos (no alimentos) ultra procesados rompió con la cultura alimentaria que se tenía en nuestro país. Es por ello que las personas que hoy en día trabajan en sistemas de huertos, como las y los autores de este libro, realizan sin duda, un acto de resistencia.

Planteando este contexto, me lleva inevitablemente a compartir aquí mi experiencia siendo investigadora del Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (INIFAP) del Campo Experimental Valle de México. Pues bien, el espacio que un grupo de investigadoras hemos construido ha sido un reto mayúsculo. A finales del 2013, la Dra. Martha Irizar, quien trabajaba en la línea de Biofertilizantes nos llamó para invitarnos a hacer equipo en un proyecto (sin fondos) en donde todas podríamos aportar: Agricultura Familiar. Todas teníamos una formación y líneas de investigación distintas, y eso sería la fortaleza del grupo desde entonces y hasta la fecha. Podríamos contribuir desde el conocimiento sobre biofertilizantes, entomología, agroecología, fitopatología, socioeconomía, plantas medicinales, nutrición y hasta la línea pecuaria para especies menores.

Todas trabajaríamos en un proyecto en el cual se tendríamos como eje gestionar el conocimiento para una producción agrobiodiversa y apoyar el intercambio de aprendizajes para beneficiar a una diversidad de personas que querían saber cómo iniciar un huerto escolar o comunitario. Con el tiempo, aquel proyecto se convirtió en el Módulo Agroecológico para la producción Familiar (MAF). Con todos los retos que coinciden con los relatos que he leído en esta obra, es que hemos aprendido a gestionar las problemáticas que hemos enfrentado durante estos 12 años de construcción colectiva. El INIFAP, siendo un Centro Público de Investigación, y no un centro educativo, no somos un espacio universitario, pero la vinculación que tenemos con la comunidad estudiantil es importante y nuestro espacio es un área de aprendizaje continua y permanente. Aunado a ello, nos hemos vinculado con escuelas primarias, secundarias y nivel

medio superior para llevar y guiar el establecimiento de huertos escolares. Lo anterior, es una oportunidad para seguir generando redes locales, regionales y nacionales alrededor de la producción de alimentos en instituciones educativas.

“Se aprende haciendo, no tengan miedo a empezar”, es una frase que escuché a mi querida profesora de Vocacional 6, en la especialidad de Agrobiología, quien nos inspiró a pensar que la producción de alimentos era indispensable para todas y todos. Recuerdo perfectamente aquel espacio terapéutico y relajante, detrás de los edificios (¡es una tradición enviar estos proyectos hasta el fondo!). Ahí hice mis primeras siembras y siendo en ese entonces una chica 100 % ciudadana, aquello se quedó registrado y ciertamente me dio claridad sobre lo que quería estudiar. Sin abusar mucho del espacio otorgado, quiero contar otra historia que trascendió para mí. En la comunidad de Huixcazdhá, Huichapan, Hidalgo, se instaló un huerto para poder apoyar la gestión de alimentos, principalmente de hortalizas y amaranto, dado que la comunidad estaba demasiado alejada de la ciudad más cercana y siendo un sitio del semi-desierto, las condiciones para producir no eran las más adecuadas. Ellos solían comprar hortalizas, las más feas que quedaban y eran llevadas por una camioneta que tenía poca frecuencia de visita. Después de que se instaló el huerto, fue posible producir alimentos que iban al comedor comunitario que se dedica a dar alimentos a los trabajadores de la planta San Miguel de Productos Agropecuarios. Esto fue una gran satisfacción personal, siempre la recordaré.

Los huertos no solo son una invitación técnica, sino como un manifiesto sobre la función social de las universidades y de todo aquel espacio donde se geste un huerto. En definitiva, la creación de estos espacios es una extensión de la responsabilidad educativa del Estado. Las instituciones públicas (como las grandes instituciones que integran el libro), no solo deben formar técnicos, sino ciudadanos capaces de resolver la crisis socioambiental. La idea clave es que el Estado, a través de la educación superior, garantice que el conocimiento sirva para la resiliencia climática y la salud pública.

La esperanza está en estas muestras de conciencia, en cada infancia, juventudes y todas y todos aquellos que siembren vida, conciencia, fuerza. No, no todo está perdido, solo es cuestión de retomar fuerzas.

Paulo Freire mencionaba el ideal para resaltar la responsabilidad educativa y el aprendizaje en el huerto: "La educación no cambia al mundo, cambia a las personas que van a cambiar al mundo; y no hay mejor lugar para aprender esa transformación que donde la vida germina y se cuida".